

Un año en soledad

// Vincent Taborda
Estudiante de Lingüística y Literatura
(UdeC)

En una de las cornisas de estilo florentino de la Universidad de Cartagena, un gallinazo despixelado de esos de *El otoño del patriarca*, reposa el calor abrasante del sol de abril. Vigila desde la altura, como una gárgola intemporal, a la Ciudad Antigua. El cielo, como una plancha de metal templado, resplandece sobre el mar reverberante de las dos de la tarde. La gente desprevenida transita las calles estrechas, mientras un conjuro de palomas guarumeras remueve el aire caliente del asfalto. En esta ciudad todo es antiguo, hasta el viento que sombrea las tejas de cerámica con polvo lunar.

Hace varios meses que de manera mecánica me doy cita en el Parque de los Estudiantes a releer las novelas mágicas de Gabo ambientadas en la Ciudad Histórica. En ocasiones me asalta la sensación de que estoy abismado perdidamente en un descenso infinito. Y escucho el violín de Florentino Ariza venir desde el Parque de los Evangelios,

la algarabía de los perros del mercado debajo de La Torre del Reloj, las voces desgarradas del loro de Fermina Daza desde La Trinidad, incluso, una vez, lo juro, me encontré a Esteban, el ahogado más hermoso del mundo, tomándose un jugo de naranja en El Parque de las Flores, envuelto en el ensueño de los que sucumbían ante su hermosura, y ni qué decir del día en que me encontré al General, pero no es su laberinto, sino en un pedestal de granito finlandés traído de Alemania, cagado de palomas caseras y rodeado de extranjeros atónitos. Aunque mi gran delirio es encontrarme, errante como un buque de otros tiempos, transitando entre la gente, al Padre de la Patria, “con el uniforme de lienzo sin insignias, las polainas, la espuela de oro en el talón izquierdo, más viejo que todos los hombres y animales de la tierra y del agua”.

Y es que leer a Gabo es penetrar en los umbrales del ensueño, de lo mágico: la realidad literaria de su obra, se impone a



la nuestra. Su escritura, como bien lo dijo en la entrevista con Conchita Penilla¹, embruja, hipnotiza.

Esas frases interminables, metáforas descomunales y su adjetivación estrambótica, son el artificio del embrujo, el arsenal de la fascinación.

Pero no embruja por la habilidad “de carpintería”, (como dijo en esa misma entrevista), sino por la naturalidad con la que sus personajes y los lectores asumimos esa realidad literaria. Eso fue lo que en una tarde de mis doce años me atrapó, cuando encontré en el cuarto de mi abuela un escuálido anaquelito de cuatro puestos. Allí estaba, en una edición de parque portada blanca, un señor desdibujado por las re-impresiones, con un traje de paño negro y las manos en los bolsillos viniendo eternamente de algún lugar. Lo abrí y entré en las sesenta páginas (cien, la edición original) más reveladoras de mi vida. Hasta el día de hoy no creo haber salido. *El coronel no tiene quien le escriba* fue una experiencia vital.

A esa edad no leí a Gabo por Nobel, tampoco por ‘La novela del siglo’, ni mucho menos por presiones sociales o académicas. Fue una lectura sincera, desprovista de pretensiones intelectuales. Sencilla y llanamente: Gabo me embrujó. Más allá del nombre, estaba la palabra articulada en un hechizo insalvable para quien tuviera el privilegio terrible de leerla.

Mucho tiempo después descubrí, como una clarividencia divina, al ver la portada de *Memoria de mis putas tristes*, a otro anciano,

pero esta vez con un traje de lino blanco, yéndose, perdido en cavilaciones hacia la eternidad. Esa portada sería la epifanía más terrible: Gabo no escribiría más.

La indeterminación entre ficción y realidad con la que Gabo hablaba en sus entrevistas es otro aspecto central de su escritura. Esa

línea sinuosa entre esas dos categorías le daba el tono místico a sus novelas. Las historias fantasmagóricas de su abuela Tranquilina, los cuentos del coronel Nicolás, los sortilegios y las anécdotas populares, serían articulados por Gabo a través del recuerdo y la elaboración poética. Alguna vez Fernando Vallejo dijo: “no necesito inventar un pueblo para ser buen escritor”. Gabo no se inventó un pueblo, lo recordó. Él se daba el título de escritor realista y de alguna forma, los que compartimos los

códigos imaginarios de esa “realidad nuestra”, como insistentemente la llamaba, sabemos que es así. De hecho, el primer propósito de sus memorias *Vivir para contarla* fue, precisamente, demostrar el hecho real que estaba detrás de cada acontecimiento de su realidad macondiana.

Un año de soledad vivimos los lectores de Gabo buscando en La Palabra Embrujada, el mejor homenaje. Más allá de una escultura que pronto pasaremos inadvertida, un millón de concursos en su nombre, más allá incluso de un billete de cien mil, el mejor homenaje al maestro es quererlo y a Gabo se le quiere leyéndolo. Él escribió para que sus amigos lo quisieran más... Estamos condenados indefectiblemente a quererte por unos cien años más en soledad. ■

“La escritura de ficción es un acto hipnótico. Uno trata de hipnotizar al lector para que no piense sino en el cuento que tú le estas contando(...)”

Gabo

¹ Ver: La escritura embrujada, entrevista documental, 1998.